

REVISTA DE CABALLERÍA
Y
APUNTES DE SPORT

SUMARIO

- ¡Adelante!, por el coronel de caballería D. Enrique Contreras.
Consideraciones sobre el mando de las masas de Caballería,
por el capitán D. Federico Arnaiz
Los heliógrafos de campaña, por el teniente coronel D. Román
L. Navarro.
APUNTES DE SPORT.—Diversidad de razas y origen del caba-
llo de guerra en Rusia, por F. A.—La turba, por id.—Carre-
ras militares, por J. V.
Crónica extranjera, por ***

¡ADELANTE!

Asistimos, años hace, á un clarísimo movimiento de regeneración, á un despertar de todas las iniciativas que justamente enorgullece á cuantos hombres amantes de la gloria de España, y entusiastas por el renacimiento de su antiguo poderío, visten el uniforme del ejército, sintiendo viva en el alma la fé en sus futuros destinos.

Lejos de nuestro ánimo toda idea que de censura pueda tener visos, para las generaciones que en la vida militar nos precedieron; para aquellos primeros, y siempre respetados, maestros que guiaron nuestros pasos en los comienzos de la dura cuanto honrosa carrera de las armas; que ni esta censura fuera pertinente, ni tampoco merecida, ni en último caso seríamos nosotros, modestos soldados de última fila, los llamados á acometer empresa tan alta; pero es lo cierto que, no ya influidos, sino más bien obligados por el medio especial en que vivieron, apenas si les fué posible hacer otra cosa, con muy raras aunque brillantes excepciones, que cumplir con sus deberes patrióticos y militares,

consagrando energías y entusiasmos, corazón y cabeza, al continuo y rudo batallar de las guerras extranjeras ó de las civiles contiendas, en que, casi sin solución de continuidad, se vió envuelto nuestro país en el trascurso del presente siglo.

Reducido hasta los últimos años el papel de la caballería, de una manera poco menos que exclusiva, al vigoroso y reiterado empuje de uno y otro escuadrón sobre las masas enemigas; imperfectas y de poco alcance las armas de fuego conocidas; lentas las concentraciones estratégicas; confusos y pesados los movimientos tácticos de la infantería y artillería; fácil, por lo tanto, la misión del veloz jinete, que bajo su uniforme sintiese latir ardiente y entusiasta corazón, lógico era que los ócios de la paz se dedicaran enteramente al estéril y monótono, aunque en cierto límite indispensable, servicio interior ó económico de los cuarteles, al minucioso cuidado de los caballos que se exigían, no fuertes y curtidos por un regular y sistemático trabajo, sino gordos y brillantes por largos días de holganza; y en último término, á una soporífica instrucción de campo de maniobras, que enseñan á presentar correctas líneas de parada, ó á ejecutar complicadas evoluciones, raras veces á los aires altos, siempre en terrenos unidos, muelles, iguales y excesivamente limitados.

Los tiempos, y con ellos el armamento, los sistemas de combate, la logística como la táctica, las antiguas costumbres, en fin, todo ha ido cambiando al paso que los adelantos de la ciencia con sus múltiples y asombrosas manifestaciones, han presentado nuevas aplicaciones, abriendo extensos horizontes á la idea; á medida que el libro, la revista, la publicidad con sus variadas formas, haciéndose más accesible á las pequeñas fortunas, han difundido en progresión siempre creciente la ilustración por todas partes; y á pesar de esto, forzoso es confesar que aún no hace muchos años, los soldados cumplían el largo tiempo de su empeño, sin que en algunos regimientos hubieran oído media docena de veces la voz de *carguen*, ni lanzado sus caballos á un galope largo, en terreno cortado por el más ligero obstáculo.

Apesar de tan desfavorables condiciones, nuestra caballería supo dar gallarda muestra del arrojo que siempre la ha distinguido, y cubrir de gloria sus estandartes, en cuantas ocasiones se hizo de ella un empleo juicioso, lo mismo en la santa guerra de la independencia, que en la campaña de África, ó en las desastrosas guerras civiles, y frecuentes trastornos que, para desdicha de la patria y desprestigio de las instituciones militares, recordamos con rubor cuantos vestimos el uniforme que del resto de los ciudadanos debe distinguarnos, como sacerdotes de una religión, cuyo dogma es el honor, la lealtad y el exacto cumplimiento del deber.

Ya han transcurrido bastantes años desde que el malogrado Villamartin aseguraba que el valor, cualidad innata en el buen militar, no es, sin embargo, la primera de las que deben adornarle; y desde entonces hasta la fecha, el camino emprendido por los ejércitos modernos, la experiencia de las últimas guerras ha

demostrado de indudable manera, que el nivel intelectual de las masas armadas, la instrucción perfecta de sus oficiales, son los datos principales con que se plantean y resuelven actualmente los problemas militares: convencida el arma de caballería de esta indiscutible verdad, deseosa de que sus hermanas en la gran familia militar, que marchan resueltas por el camino del progreso, no la aventajen en él, para hallarse dispuesta, cuando el día de la prueba llegue, á cumplir honrosamente la misión principalísima que en las futuras campañas le será confiada, se dedica con creciente afán al estudio de su especialidad, y rompe uno tras otro los viejos moldes, en cuanto no se encuentran de acuerdo con las modernas necesidades; conserva lo que la experiencia ha sancionado como bueno, y procura, á medida que la ilustración crece y como consecuencia de esta misma ilustración, enaltecer hasta el mayor límite posible la disciplina y la obediencia: inmutables principios sobre que asentarán siempre las instituciones armadas.

Ciego sería el que no se diera cuenta del cambio que en nuestras costumbres se ha operado al penetrar en un cuartel y fijarse en la actividad que dentro de sus muros reina; los gimnasios y salas de armas, modestas si, pero conteniendo las máquinas indispensables, ocupadas alternativamente por oficiales, clases de tropa y hasta simples soldados; los deficientes picaderos improvisados con cuatro tablas y algunos carros de arena, en el inútil rincón de antiguo claustro, sirviendo para la doma de potros y ayudando poderosamente al desarrollo corporal de los hombres, con la práctica del volteo; la instrucción á caballo en todas sus gradaciones desde la del recluta hasta la del regimiento, convertida en la labor de todos los días; duro el ganado y dispuesto á la fatiga, sano y alegre, pero sin aquellas redondas y empastadas formas que hacían por sí solas la reputación de los antiguos capitanes de escuadrón; academias diarias, en que todas las clases aumentan sus conocimientos técnicos, ó refrescan olvidadas ideas, en vez de consumir el tiempo, como sucedía antaño, única y exclusivamente en la repetición monótona y escolástica de unos cuantos artículos de las Reales Ordenanzas, que si bien deben estar grabados en la mente de todos, para inspirar su conducta en los sanos principios que contienen, no constituyen ni pueden constituir, por sí solos, el buen oficial de estos tiempos; escuelas de primeras letras difundiendo los conocimientos elementales entre las clases populares, hartas atrasadas en cuanto al desarrollo de las facultades intelectuales se refiere; cuerpos de guardia en cuyas mesas se leen las principales revistas militares de España y del extranjero, al lado de las bibliotecas de los cuerpos que antes eran obligado adorno de las oficinas de Mando ó Mayoría, sin que sus empolvados y vetustos libros recibiesen jamás la luz, sino á través de las bien cerradas vitrinas; toques incesantes de clarín, llamando á unos ú otros; movimiento, zumbo, en fin, de trabajadora colmena en plena productora actividad: éstos son hoy los cuarteles de caballería; la vida circula á

torrentes, la pereza de que tradicionalmente y con poca justicia, se acusa de adolecer á la fogosa raza española, ha desaparecido, si alguna vez existió; y sin embargo, ¡cuánto camino resta que atravesar, si hemos de colocarnos á la altura en que se encuentran otros ejércitos que, más dichosos, pueden dedicar sus afanes todos al cultivo de la inteligencia individual y á la práctica colectiva de cuanto han de ejecutar en la guerra, sin consumir su actividad, ni apagar sus entusiasmos, en constantes cuarteladas, y en guardias, y semanas, y vigilancias, y nimios detalles, que pierden su importancia cuando todo el mundo cumple con el deber que le está asignado; cuando la ley industrial de la división del trabajo como la responsabilidad de cada clase es una verdad, cuando, en fin, existe esa satisfacción interior fundada en la justicia, que excluye por si misma la desconfianza sistemática en que nos hemos inspirado siempre, y que forma la obligada base de nuestros sistemas políticos, orgánicos y administrativos!

Y quedanos larga penosa jornada erizada de obstáculos que recorrer, porque si iniciativas sobran, si proyectistas abundan en el campo militar, organizaciones prácticas convenientes, viables, progresivas y que no riñan con las cifras del presupuesto, hartos recargado ya por desgracia, han faltado hasta los últimos años, y no sabemos si faltan todavía de una manera absoluta, desconsoladora, fatal.

¿Será porque en España se carezca de patriotismo, de buena fé ó de conocimientos técnicos bastantes, para acometer con resolución tan temerosa y compleja empresa? No; es porque aparte del anémico estado del tesoro, carecemos de base en qué fundar toda clase de proyectos; es porque no tenemos ideales exteriores á que respondan y se amolden; es porque nos hallamos tenazmente aislados en los límites occidentales de esta vieja Europa, cual si la barrera pirenaica fuera otra muralla de la China elevada no por los hombres, ni por revoluciones geológicas, sino por la fuerza de la política entre nosotros y esos pueblos que un día no lejano se descubrieron respetuosamente al paso de las legiones hispanas, y hoy miran compasivamente á nuestra patria, como el obrero activo, enriquecido por inteligente, fructuoso y tranquilo trabajo, contempla desde el bonito y confortable hotel que á su talento debe, el negro muro de antes altiva señorial mansión, arruinada hoy por el tiempo y abierta á todos los vientos, aunque ostentando todavía orgullosamente sus pétreos blasones.

Y no solamente las organizaciones que con rapidéz se suceden sin más objeto, en general, que el aumento de efectivos ó su disminución, fluctuando al compás de las cifras del presupuesto, adolecen de falta de criterio fijo, por no existir base segura en qué fundarlos; sino que la carencia de ideales exteriores, agosta en flor el entusiasmo de nuestros jóvenes oficiales atacados de oriental fatalismo en los umbrales de la vida militar. Grave, gravísimo mal que apartando de la vida activa y fecunda de los regimientos tantas actitudes en el momento crítico de su

plenitud, las hace cambiar de rumbo con perjuicio evidente del ejército, más sin ventaja alguna para las otras profesiones.

Y sin embargo, la raza española no ha perdido ninguna de las cualidades que tanto la enaltecieron, ni su vigor, ni su fiera altivez, ni su indomable espíritu de independencia, ni tampoco su humor aventurero han degenerado, no; y los estallidos periódicos de que la política nos hace víctimas, son la mejor demostración de que jamás por el camino de la paz á todo trance llegaremos á la tranquilidad interior que las artes, las ciencias, el comercio y la industria necesitan para prosperar.

Dejando aparte esta causa primordial y otras muy conocidas, para cuya simple enumeración haría falta mucho más espacio del á que puede aspirar un simple artículo de Revista, es preciso consignar que si la caballería española ha de llegar al estado de perfección que alcanza en otros países, necesita se la dote con alguna más esplendidez del material indispensable; es indiscutiblemente preciso que por uno ú otro medio, se construyan picaderos cubiertos en todos los cuarteles, y abiertos para cada uno de los escuadrones; ó allí donde el terreno lo permita, campos de ejercicios adyacentes al edificio en donde se tracen cuadrilongos, callejones de obstáculos, poco conocidos en nuestro país y de los cuales, sin embargo, no puede prescindirse si todos, absolutamente todos los caballos de tropa han de hallarse dispuestos á salvar un muro, una cerca ó un foso de regular anchura, con un jinete sobre el dorso que, debiendo dirigirlo y ayudarlo, le servirá de rémora en general, tanto más, cuanto se halla fuera de duda, que el adelantamiento de los cultivos en la época actual, el perfeccionamiento de la propiedad y consiguientemente la multiplicidad de obstáculos, hará fracasar, en la mayor parte de los casos, el ataque de una masa de caballería á la que no sea fácil, por arraigado hábito, recorrer 5 ó 6 kilómetros á través de campos accidentados y conservar su unión, sin embargo, á los aires altos.

También necesita el arma de caballería mayor número de clases relativamente que las demás, tanto por la variedad de servicios que estas tendrán que prestar en el servicio de exploración estratégica y en el de seguridad, poniéndose al frente de puestos á la cosaca, patrullas de seguridad y de exploración, conduciendo partes ú otros, como porque no pudiendo la instrucción individual ser perfecta, sinó á costa de un fraccionamiento casi atomístico de los pelotones en que los hombres la reciben, resulta impracticable para los oficiales por mucha que su voluntad sea, sin la poderosa ayuda de numerosas, inteligentes y bien preparadas clases.

La ración que abona el Estado es insuficiente además, para que al caballo se le exija, sin exponerse á graves contratiempos, todo el trabajo á que obliga el vigente sistema de reemplazos; si han de tenerse tropas montadas verdaderamente útiles no puede prescindirse de proporcionar al caballo el descanso bastante á reponer las fuerzas consumidas durante el día; no basta alimentarlo, se hace preciso un excedente de paja que le proporcione

fresca, limpia y cómoda cama, ya que por desgracia, ni los suelos son impermeables, ni existen en general alcantarillas, ni ventiladores situados del modo que la ciencia veterinaria prescribe, ni el cubo de aire respirable por caballo se aproxima al reglamentario, ni hay aplomos que resistan á la acción destructora de los desiguales y toscos empedrados de las caballerizas militares: el olvido de estas necesidades, produce un número de bajas al cabo del año superior al que arrojan los cálculos más pesimistas; y no vacilamos en afirmar que, reformado el sistema de acuartelamiento, el arma podría remontarse al noveno de su efectivo, en vez de recibir anualmente la octava parte de sus caballos, lo cual le permitiría aumentar el número de éstos, con evidente ventaja del Estado, de los cuerpos y de la riqueza pecuaria del país, que, sin detrimento del presupuesto, aumentaría la cifra de sus productos.

Hacemos caso omiso de mil y mil detalles y otras tantas deficiencias que mal ó bien se corrigen ó atenúan en el interior de los regimientos para terminar poniendo de manifiesto un punto que está en el ánimo de todos los que hoy se hallan prestando servicio en las filas: en la organización dada al arma, por R. D. de 17 de Agosto de 1885, se consignó un pié de paz provisional, uno permanente y otro de guerra; los dos segundos, representaban el límite mínimo á que podía aspirarse; el primero era una transacción entre la penuria del tesoro y la conveniencia de crear nuevas unidades orgánicas, que estuvieran con los batallones de que la infantería se compone, en la proporción estrictamente necesaria.

No es ciertamente hoy cuando los regimientos han contado con menos número de caballos: desde el Reglamento de 1828 hasta el año 1873, exceptuando los 7 de guerra civil, puede decirse que jamás un cuerpo de caballería dispuso de 250 sables útiles; pero las quejas que de todas partes se elevaron entónces, los pobres servicios que la caballería pudo prestar, cuando su intervención fué necesaria, y las invencibles dificultades que hoy más que nunca se presentan para improvisar sólidas tropas á caballo que cubran instantáneamente la frontera, dificulten la concentración de los cuerpos enemigos y faciliten la movilización de las fuerzas propias, si un *casus belli* se presenta, exigen de apremiante manera el cumplimiento exacto del último Decreto que referente al arma firmó el inolvidable Rey Alfonso XII, aprovechándose para el aumento progresivo y constante de los efectivos, todas las cantidades de que pueda disponerse, ya por amortización del personal, ya por supresión de raciones á plazas que no deben ser montadas ó no lo son en realidad, ó haciendo, en fin, algún sacrificio en pró de un arma que, si resulta cara durante la paz y exige grande inteligencia y oportunidad para su empleo en la guerra, puede ahorrar rios de sangre y oro, gracias á la fé, al entusiasmo y á la cada dia mayor ilustración de su brillante oficialidad, unida al indomable arrojo del incomparable soldado español, el dia que, cual enjambre de molestas abejas, se extienda

por el frente y flancos de enemigas tropas, ó unida y compacta lance al grito de «viva España» sus instruidos escuadrones en tempestuosa é irresistible carga, hasta el corazón de las contrarias haces.

F. E. CONTRERAS.



CONSIDERACIONES

SOBRE EL MANDO DE LAS MASAS DE CABALLERÍA.

La idea, tan arraigada en nuestro país, de considerar á nuestras fronteras del Norte, á los abruptos montes pirenaicos que constituyen una expresión geográfica, como un obstáculo infranqueable á la invasión, como una inexpugnable ciudadela de la autonomía é independencia de nuestra pátria, ó como un veto supremo impuesto por la Naturaleza á los sueños de ambición y de gloria del pueblo francés, enseñoreando en nuestro ánimo el optimismo peligroso, y cubriendo nuestros ojos con la venda funesta de ilimitada confianza, ha impedido atender á la organización de un ejército respetable, y á la creación de grandes núcleos de una caballería, no solo poderosa por sus efectivos, sinó por la educación perfecta de sus combatientes.

No es nuestro ánimo hacer comparaciones imposibles que, envolviendo la idea de igualarnos á otros pueblos constituidos de un modo particular, bién por el carácter de distintas nacionalidades, bién por su situación geográfica en el corazón del continente, bién por el temor y zozobra de posibles invasiones, defendiera el propósito de equilibrar sus enormes efectivos con los factores exíguos que nuestro país proporcionára, cuando la pátria peligrase; no deseamos esas cifras monstruosas que ahogan y empobrecen á los pueblos más florecientes, ni el número extraordinario de unidades de combate que pueden presentar en línea las naciones guerreras de la Europa, ni exigimos el sostenimiento en pié de guerra de una masa poderosa de caballería, que disputase á la del enemigo las extensas comarcas de las dos Castillas, después de haber cruzado las ásperas gargantas de los Pirineos, defendidas por nuestros infatigables batallones: más modestos en nuestras aspiraciones, solo pedimos organización para formarla, espíritu militar para robustecerla y conocimiento profundo del campo de maniobras y del servicio de campaña, para obtener, cuando para la nación llegara el momento de las grandes resoluciones, cuerpos nutridos en buenas doctrinas, y admirablemente impuestos en las misiones estratégicas y tácticas que constituyen, en la época contemporánea, el papel airoso del arma de caballería sobre el tablero inmenso de la guerra.

Pedimos, tan solo, más pesimismo al contemplar las altas crestas que nos separan de un pueblo formidable, que podría,

si sonara para la nación la hora de empuñar las armas, reunir inteligencias, confederar las energías y sumar todo el patriotismo de esta raza sufrida é hidalga, impulsar por las roquizas arterias de nuestras fronteras del Norte las abrumaduras masas de su infantería y los numerosos escuadrones, conducidos por jefes que, en largos años de práctica y de experiencia, no ignoran el valor táctico de los combates en línea, ni les son desconocidas las misiones ó empresas de carácter extratéxico, que tanto han elevado, en estos últimos tiempos, el valor efectivo del arma de la rapidéz, sobre los campos de batalla.

Mas para apreciar en lo justo la importancia táctica y el valor estratégico de una caballería organizada en forma que pudiera presentar, desde el comienzo de una campaña, las grandes unidades de combate que le son peculiares, la división independiente y grupos de artillería á caballo, no sería suficiente la reunión de los cuerpos que las constituyeran, para continuar con las prácticas rutinarias de un servicio interior que, absorbiendo todo el tiempo, embota el entendimiento, mata el espíritu militar, enfria los entusiasmos, borra paulatinamente los estudios hechos y, extinguiendo el deseo de adquirir mayor número de conocimientos, impide que el oficial se empape en las complejas teorías que forman el dogma militar; se hace indispensable que cuando se organice lo que aún está desorganizado, los jefes encaucen la opinión extraviada, fomenten los estudios personales, las facultades estratégicas, las cualidades tácticas que solo se adquieren con él exámen minucioso y detallado de la ejecución, y doten á sus subordinados, no de paciencia para sufrir revistas interminables y limpiezas exageradas, sinó de perseverancia, audacia, intrepidez, amor propio sin rivalidades peligrosas, y de cierta *autonomía personal*, que constituyen las virtudes del oficial de la caballería moderna. Después, educándose ellos mismos en las prácticas del campo de maniobras, pueden llegar á adquirir esa seguridad absoluta en la ejecución táctica ó dirección estratégica, que es la fuerza moral que rodea al jefe, la que le reviste de prestigio, la que dá, al que entre sus manos tiene la honra, la fortuna y la vida de tantos, esa aureola de respeto y de cariño que arrastra sin vacilaciones al combate á todos sus subordinados.

Decia Federico I, que el talento sin celo y sin trabajos no podía producir sus frutos: verdad que juzgamos axiomática, en la generalidad de los casos, y que pone de relieve, con la sobriedad que era característica al rey-guerrero y primer general de caballería, las aptitudes mecánicas, tácticas é intelectuales que deben adornar á los jefes y oficiales de un arma que, mientras el precepto de la rapidéz exista, tiene que mostrar en los combates en masa sus excepcionales cualidades tácticas, y en sus empresas estratégicas facultades de un valor directamente proporcional al génio que las conduzca.

Sin aptitudes mecánicas para soportar las fatigas, maniobrar incansablemente, dirigir prolongados raids, estar en disposición

de sobreponerse á las privaciones y caer con la presteza del rayo sobre las confiadas filas del enemigo; sin conocimiento práctico de la idea táctica y evoluciones que encajen en el proyecto concebido y accidentes del terreno; sin la serenidad de espíritu adquirida en la dura escuela de la guerra; sin desarrollar las aptitudes intelectuales por la carencia de estudios serios y sin cualidades extraordinarias de carácter, de bravura y de prudente ó resuelta acometividad, no puede haber jefes, por grande que sea su talento, que dirijan primero y después conduzcan á la victoria á masas considerables de jinetes.

Rosbach y Zorndorf sin Seydlitz, como Torgau sin Ziethen, hubieran sido, sí, batallas campales suficientes para coronar de laureles á la reina de los combates, á una infantería serena é inquebrantable; pero jamás presentarían á la posteridad, como páginas inolvidables de la historia de la caballería, los hechos notables que entónces la inmortalizaron. La audacia y la temeridad en las acometidas, la educación perfecta del jinete, la fuerza y resistencia del caballo de guerra, la rapidéz, la desenvoltura, la agilidad, el espíritu militar desarrollado á un grado extremo, y el todo, bien subordinado á la inteligencia emprendedora de los dos ilustres generales, proporcionaron á estos una aureola gloriosa, no extinguida por el tiempo, y á las masas que tan bién supieron conducir á la victoria el prestigio que sirve, aún en nuestros dias, de enseñanza provechosa, y de argumento que arrojar al rostro de los detractores de un arma que no conocen.

¿Pero en qué escuela se formaron esas dos figuras notables, los dos génios de la caballería prusiana? En la misma que en la época contemporánea, creó á Bredow, á Schmidt, á Pulz, á Galliffet: en la escuela inimitable del campo de maniobras y de la guerra. ¿Cómo llegaron á poseer el secreto de los éxitos? ¿Cómo aprovechaban los resortes todos de la complicada máquina puesta entre sus manos? Con una inteligencia privilegiada, clara y viva, encadenada al conocimiento exacto, á la práctica tenáz é incansable de los campos de maniobras. Sin estos todas sus notables dotes intelectuales, aquél golpe de vista perspicaz y certero, su proverbial sangre fría, no hubieran podido desarrollarse, y los dos héroes favoritos de las leyendas alemanas habrían túbeteado en el momento de la acción táctica. Cohibidos por el pavoroso problema que de repente se desarrollaba ante sus ojos, con enormes masas de enemigos que arrollar y una imponente caballería que conducir, hubieran paseado su bravura y su ignorancia por los campos que inmortalizaron, para caer sin gloria ó volver las espaldas deshonrados. Mas Seydlitz y Ziethen, como Pulz y Bredow, héroes de Custozza y de Vionville, estaban curtidos en el terreno firme de la práctica; el génio audáz que les impulsaba se había desarrollado entre las operaciones de ficticios combates que son característicos á los períodos de paz, y en el momento de la ejecución, cuando para ellos sonó la hora de encajar, al frente de sus escuadrones, sus cono-

cimientos al proyecto táctico concebido, las dudas no podían existir entre ellos, las vacilaciones se hacían imposibles, el temor á una responsabilidad abrumadora no apuntaba y partían, rectos como un proyectil, seguidos de sus masas, para hundirse en el cuerpo del adversario.

Así se han formado y continuarán formándose, en el transcurso de los siglos, desde Alejandro y Anníbal hasta Federico I, desde Seydlitz y Murat hasta Gourko y Bredow, los moldes de los grandes generales de caballería, no solo para salvar con un golpe feliz de inteligencia la suerte de los ejércitos, sinó para ennoblecere el arma por ellos conducida: así se ha visto adquirir á ésta el prestigio ruidoso de sus memorables victorias, cuando existían verdaderos jefes, á los que no podían sorprender ninguno de los numerosos problemas que surgen como el relámpago y se delatan bajo distintas formas en los diversos campos de batalla. En cambio, cuando las prácticas de guerra se abandonan, cuando se deja al azar la suerte de una caballería, no endurecida y adiestrada en los campos de maniobras, y sus jefes no obtienen la sanción de la práctica, el arma se empobrece en sus cualidades morales, la rutina se ampara de una presa puesta á su alcance y al espíritu estrecho de rutinarias personalidades, limitando su celo á la vigilancia ridícula de los detalles nimios, la hace descender progresivamente en su importancia; la gloriosa misión llamada á ser desempeñada por el arma que ostenta laureles inmarcesibles ganados con la punta de su espada, quedan velados por el olvido ó despreciados por atenciones secundarias, y las unidades tácticas, en vez de presentar la cohesión indestructible, la mancomunidad de ideas, el estrecho consorcio que debe tener el armónico conjunto de un arma de combate, presenta el abigarrado cuadro de distintos criterios y de ideas antagonistas.

Para huir de este peligro y encauzar el espíritu de un arma que no puede existir sin la inquebrantable solidaridad de todos los pensamientos, es por lo que, las naciones que rinden culto fervoroso al mejoramiento de sus ejércitos, se engolfan en el estudio de las operaciones de guerra que son propias del arma irremplazable de caballería; para alejar la ignorancia y dar homogeneidad á la educación, unifican sus calidades, imponen preceptos y estudian sin cesar los ejercicios tácticos y maniobras estratégicas en campos adecuados, donde se adquiere la práctica, y se comentan ó corrigen los vicios de reglamentos que, por perfectos que parezcan en la teoría, ponen de relieve defectos de ejecución difíciles de llevar á cabo ante las líneas geométricas de un cuadro ó á corta distancia de los escalones de una caballería audáz y emprendedora.

No siendo esto bastante para adquirir la suma de conocimientos que debe poseer todo jefe superior de caballería, estudian con escrupuloso detenimiento la estructura especial de la táctica de combate de las otras armas; observan con avidez las cualidades ofensivas de la infantería, sus evoluciones más gene-

rales para cambiar una formación puramente logística por otra más adecuada al empleo táctico de sus fuegos; investigan incansablemente los órdenes de combate de la artillería, los defectos orgánicos de este arma, los obstáculos de ejecución que á ella van anejos, el modo de evitar, ó cuando ménos disminuir, los efectos desmoralizadores de sus agresiones á enormes distancias y, como hábiles duelistas del campo de batalla, se afanan por descubrir la parte vulnerable de la coraza que envuelve el cuerpo del adversario, para dirigir el golpe y arrebatar la victoria.

«Los generales de caballería, dice un ilustre escritor alemán, deben aprender, en la cooperación y estudio de las otras armas, el modo de obrar contra ellas; por esto juzgamos de necesidad absoluta agregar á los cuerpos de ejército una división de caballería en la época de las grandes maniobras. De este modo la infantería y artillería se verán, á su vez, obligadas á observar á la caballería y esta aprenderá á conocer con qué enorme atención, con qué recogimiento es preciso explotar una situación dada, para conseguir el éxito. Más no es esto lo que puede intimidar á los jefes de caballería; por el contrario, contribuirá á excitar la actividad de su espíritu, porque el hombre expone voluntariamente hasta su vida por resolver una dificultad y á veces un imposible; la dificultad le impulsa, le estimula y provoca en él la necesidad de la lucha, mientras que la rutina le vuelve apático.»

Estas máximas que vemos consignadas, como artículos de fé del verbo militar, en todas las naciones que dedican al estudio de su caballería toda su inteligencia y la práctica adquirida en largos años, prueban de un modo irrefutable que sus escuadrones serán el día del combate, masas animadas de autonomía, de inteligente bravura y de esa arrogancia serena é inquebrantable, solo vinculada en aquellos que repiten, con absoluta confianza en el éxito, lecciones aprendidas y no olvidadas en el campo de maniobras.

Esos preceptos que en el fondo no varían, los mismos que sancionaron Cromwell, Carlos XII, Wallenstein, Federico, Napoleón y tantos otros maestros en el arte de conducir gruesas masas de caballería, demuestran que el valor táctico de este arma, solo se adquiere con el estudio de sus distintas misiones, y con la práctica de evoluciones sencillas que la conduzcan sin desórden hasta las filas del enemigo. En este caso cuando la agilidad maniobrera alcanza su máximo de perfección, y la idea táctica se vé traducida sin confusión, de un modo perfectamente regular, sin vacilaciones que desmoralicen, sin dudas que ofusquen el entendimiento, entonces esas masas educadas sin descanso para la guerra, responderán con una cohesión, solo rota momentáneamente por el plomo enemigo, y sus filas llegarán al combate individual sin perder ni aún la cadencia de los aires á que estaban habituados. Y en cambio, cuando el abandono de su educación es sistemático, cuando las variadas misiones que son peculiares á ellas llegan á ser una especie de *terra incognita*,

para la inmensa mayoría de los llamados á conducirlas; cuando la costumbre falta y los mandos se improvisan, surge entónces la confusión y la duda: la zozobra cruel de una lucha con lo desconocido, al apoderarse del jefe, se traduce en una torpeza poco tranquilizadora en las evoluciones preliminares del combate, en una desordenada agresión al conducirla sobre las masas enemigas y en una derrota general, en un *sálvese el que pueda* vergonzoso que puede extinguir hasta el último resto de ese espíritu de bravura y de caballeresca resolución que son virtudes hereditarias del arma de caballería.

Como una consecuencia de las doctrinas vertidas en este estudio, debe pensarse en poner un límite á la peligrosa dispersión de los cuerpos de un arma que tal vez en época no lejana necesite de toda su tradicional audacia, de todo su entusiasmo, de toda su energía para reivindicar, sobre los campos de batalla, su valor táctico, por algunos puesto en duda; su importancia estratégica más bien engrandecida que coartada en las últimas campañas. Se hace indispensable reunir los cuerpos orgánicos en grandes unidades de combate, dotarlos de campos adecuados que sirvan de gimnasia á la inteligencia, y de escuela donde formar jefes idóneos, hábiles en la ciencia de conducir masas considerables de jinetes; juzgamos de absoluta necesidad efectuar grandes maniobras periódicas con un arma siempre difícil de manejar é imposible de conocer sin las prácticas continuas que enseñan al jefe todo el valor del mecanismo fiado á su intrepidez y á su talento. Después el estudio minucioso de esas diversas ramas que se derivan de la misión estratégica propia de la caballería, los conocimientos logísticos y del arte de la estratopedia, el conjunto, en fin, de tan diversas teorías, robusteciendo el espíritu, vigorizando las aptitudes mecánicas, desarrollando las facultades intelectuales darán por resultado, sinó inmediato, próximo al menos, elevar nuestra arma al mismo nivel á que se han colocado las hermosas caballerías de las naciones de Europa.

Debe resolverse el problema de la concentración, para formar los organismos de las grandes unidades de combate; debe asignárseles el arma auxiliar y valiosísima de la artillería á caballo; debe despreciarse el clamoreo de rutinarios altaneros é incapaces y, sobreponiéndose á las dificultades que todo lo nuevo presenta, arrollando todos los obstáculos que la *tradición* oponga, deben, por último, sostenerse con inquebrantable energía los fueros de un arma que solo pide ocasiones en que demostrar el entusiasmo que late entre sus filas, que solo anhela probar su patriotismo y demostrar á sus conciudadanos que si el arma de caballería es una carga que abruma al Erario, también sabe poner á alto precio su gratitud sacrificándose sobre los campos de batalla por la salud de su patria.

FEDERICO ARNAIZ.



EL HELIÓGRAFO DE CAMPAÑA STONE.

Si la transmisión de la palabra á grandes distancias, y con la mayor velocidad posible, ha preocupado al hombre para comunicarse noticias relacionadas con la vida social, política ó mercantil, con mucha más razón en las operaciones de una campaña la transmisión de noticias ú órdenes, cuya precisión y oportunidad dependen de la rapidéz con que se transmitan, es de gran importancia, y á esto han atendido siempre los cuerpos beligerantes, mejor ó peor organizados, de todos los países y en todas las épocas.

Como es natural, instintivamente se han procurado utilizar los agentes que podían cambiar señales convencionales á mayores distancias, con gran velocidad, tales como el sonido, la luz y últimamente la electricidad; pero el uso de cada uno de estos, presenta sus ventajas é inconvenientes respecto de los demás, siendo unos y otros relativos, según el caso y objeto de la aplicación.

El más sencillo es procurar aumentar la intensidad de la voz, para lo que, desde los tiempos más remotos, se han empleado bocinas ó trompas de diferentes dimensiones, verificando la transmisión á largas distancias por cordones de hombres encargados de ponerse en relación sucesivamente: medio imperfecto susceptible de interrupciones, y muy difícil de establecerse, excepción hecha de ciertos casos, motivos por los cuales, no ha sido de aplicación en los ejércitos regulares, y solo se encuentran citados en conjuras ó levantamientos de los habitantes de un país contra dominaciones estrañas; pues aunque pudieran citarse las experiencias de Tindall por las que ha demostrado que los efectos del sonido pueden hacerse sensibles á mayor distancia que los de la luz, es en determinadas condiciones atmosféricas y con un sistema de instalación puramente fijo, solo aplicable á sustituir los faros en ciertas circunstancias, ó cambiar señales entre los buques, sin ningun uso práctico en las operaciones terrestres, no habiendo pasado todavía de la categoría de experimentos puramente científicos. Restan ahora examinar los medios de transmisión por la luz y la electricidad.

No entraremos en un exámen comparativo para deducir la superioridad de los aparatos que son peculiares á cada uno de estos, ni á sus medios de aplicación, pues creemos que sería imposible dar la preferencia á ninguno, por depender del objeto á que se han de aplicar, y dentro de él cada uno presenta sus ventajas y defectos sobre otro. Como términos generales diremos que es incuestionable la ventaja de los medios eléctricos. Vemos siempre con admiración transmitirse por los cables á miles de kilómetros, de una manera siempre regular y constante, sin que se tenga en cuenta que sea de día ó de noche, los obstáculos naturales del terreno, las alteraciones atmosféricas, excepción de las grandes tempestades, el aparente movimiento solar ni otras causas que

dificultan ó imposibilitan la transmisión por otros sistemas. Si á esto se añade que en los diferentes aparatos telegráficos, unos presentan los despachos indeleblemente escritos en una tira de papel, valiéndose de caracteres por los cuales la combinación de puntos y rayas forman el alfabeto completo con los signos ortográficos y la numeración, alfabeto utilísimo que facilita notablemente las transmisiones; otros que, como el Breguet ó de cuadrante, presentan á la vista del que recibe el despacho las letras mismas del alfabeto, sistema ingenioso que permite, á cualquiera ajeno á los conocimientos de telegrafía, recibir los telegramas, y que otros, en fin, como el de Hughes, reúne las dos ventajas, presentando los despachos impresos con los mismos caracteres del alfabeto ordinario, habrá que reconocer la importancia extraordinaria que ha alcanzado, en la época contemporánea, la telegrafía eléctrica; esto respecto á la representación de los despachos, pues en cuanto á la transmisión de éstos se ha conseguido que una línea única haga que las estaciones puedan transmitir y recibir simultáneamente.

A las admirables ventajas descritas hay que agregar la aplicación de los teléfonos y micrófonos. Estos, que transmiten la voz conservando su timbre, hacen que puedan estar en perfecta y directa comunicación personas ajenas á todo conocimiento en telegrafía; por ellos, sin necesidad de lo engorroso de una clave, pueden hablar directamente, en secreto, á cientos de kilómetros, por medio de aparatos sencillos, baratos y de facilísima instalación.

Todas estas excelencias unidas á que el material de campaña, tal como el que tiene nuestro cuerpo de ingenieros, se halla tan reducido y en tan buenas condiciones, que es susceptible de ser llevado por un soldado con todos los elementos que constituyen una estación, teniendo además, aparatos por los que, con solo el ruido que produce el pequeño choque de una plancha metálica, hace que en la oscuridad, y sin ser apercibido, se pueda recibir ó interceptar un despacho; y otras aplicaciones que sería prolijo enumerar, hacen que con razón sea reconocida y aplicada con preferencia para la generalidad de los casos, la telegrafía eléctrica. Nosotros así lo creemos y confesamos al escribir y encomiar los heliógrafos, modo de evitar el que se nos crea apasionados apologistas de ellos, porque siendo el último aparato telegráfico que hemos usado, nos hallamos bajo la última impresión recibida.

Los heliógrafos son aparatos destinados á reflejar la luz del sol, de la luna ó una artificial sobre puntos determinados.

La transmisión de señales por medio de la luz datan de una antigüedad imposible de averiguar; la historia antigua desde sus tiempos más remotos, nos cita hechos que demuestran su uso. En las crónicas de las guerras de los primitivos tiempos, en las de los griegos, romanos, árabes y en general en todas las contiendas que han tenido lugar entre los diferentes pueblos ó razas, vemos citadas las hogueras, que con su luz por la noche ó el

humos de día, hacían señales determinadas; al mismo tiempo, se citan también otras señales ópticas con igual aplicación; pero estos medios en los que unos no son susceptibles más que de una señal, como indicación de una noticia ó asunto aislado y convenido anteriormente, sin poderse estender á otras observaciones, ni mucho menos establecer comunicación recíproca; todos estos inconvenientes consiguieron subsanarse por medio de señales que consistían en grandes letras ó caracteres especiales muy visibles con cuyo medio se consiguió que solo con un corto número de ellos combinados, pudieran expresarse todas las letras del alfabeto.

Indudablemente la percepción de los objetos se verifica por la diferencia de luz que estos reflejan con relación al fondo en que se hallan instalados; esta diferencia de luz tiene que ser relativamente pequeña, por mucha que sea la diferencia de los colores; y siendo la intensidad de la luz inversamente proporcional al cuadrado de las distancias, un ligero raciocinio demuestra que estas tienen que ser cortas para la percepción de los objetos. Este defecto fué remediado en gran parte por la aplicación de los anteojos á los telégrafos; desde esta época, se encuentran los telégrafos ópticos establecidos de una manera regular, y todavía podemos contemplar, aunque derruidas, las torres que por muchos años prestaron este importante servicio, hoy sustituidas con gran ventaja por los telégrafos eléctricos.

Apesar de este progreso no puede considerarse como absoluto, dadas las condiciones especiales de cada uno y las mejoras introducidas, pues indudablemente hay más distancia de la hoguera al heliógrafo Stone que desde el telégrafo de Lesage al Morse; así las circunstancias de no necesitar línea que, siendo difícil de tender, se puede interrumpir; ni pilas de engorroso manejo ó que varían en su tensión: el poder franquear espacios inaccesibles á los que entre sí se comuniquen, su fácil instalación y baratura, hacen que los telégrafos ópticos sean preferibles en algunos casos, especialmente en las operaciones de una campaña; así indudablemente lo ha entendido nuestro inteligente cuerpo de ingenieros, haciendo una acertada aplicación en la última guerra civil.

Hechas estas ligeras consideraciones sobre los telégrafos en general, nos ocuparemos de los heliógrafos, aunque sin extenderlos en largas consideraciones, ajenas á este somero estudio, pues para esto recomendamos á nuestros lectores las obras del infortunado Bringas y de nuestro querido compañero D. Fernando Lossada, donde pueden adquirir un conocimiento de los heliógrafos mucho más completo que el que pudiéramos darles en estos ligeros apuntes.

ROMAN L. NAVARRO.

(Se continuará.)



 APUNTES DE SPORT

DIVERSIDAD DE RAZAS

Y

ORIGEN DEL CABALLO DE GUERRA EN RUSIA.

Los recursos que en ganado caballar posee el imperio ruso son tan monstruosos como enormes son las extensiones territoriales que obedecen los ukases de su autócrata soberano.

La Laponia con sus lagos y sus grandes praderas bañadas por el Tana, el Kola y el Tornea; el antiguo ducado de Finlandia que, como una esponja gigantesca, se extiende al N. del golfo del mismo nombre y del lago Ladoga, pequeño mar interior en comunicación con el Onega, para repartirse fraternalmente las aguas de sus tributarios; las inmensas regiones de la Siberia septentrional y oriental con sus interminables estepas, abundosos pastos, caudalosos ríos y colosales montañas semi-asiáticas; los poblados gobiernos de Grodno, Esmolenko y Moscou, teatros un día de la invasión y desastre de un ejército latino, impulsado por un hombre extraordinario hasta el corazón mismo de la santa Rusia; las comarcas bañadas por el Dnieper, las polvorientas estepas del Don, del Volga y del Ural y las regiones, en fin, de Oremburgo y Saratov, del Cáucaso y de Trebisonda, ofrecen regia hospitalidad á los 22 millones de caballos de origen tártaro que responden sin cesar á las crecientes necesidades de un ejército monstruoso.

Estos recursos considerables, que permiten atender á las exigencias de una nación armada, se reparten de un modo desproporcionado por todos los ámbitos del imperio, desde la Siberia que ofrece un caballo por cada habitante, hasta las regiones del S. y del S. O. de la Rusia europea, que han sido siempre las menos productoras de ganado caballar; pero en cambio las provincias del E. y del S. E., aunque no pueden luchar con la Siberia, arrojan cifras gigantescas en la producción de caballos, por hallarse en ellas establecidos la mayoría de los depósitos de los regimientos montados.

El origen del caballo ruso, tanto de los que, elegidos por su alzada y belleza, constituyen los regimientos soberbios de *caballos guardias*, como el de los semi-salvajes guiados por el cosaco del Don y del Ural, se puede afirmar que proviene del caballo

tártaro, modificado después, para desprenderse en numerosas ramas, por el cruzamiento de los diversos sementales importados al imperio. Mas á pesar de esta diversidad de cruza se puede clasificar la raza general rusa en tres grupos característicos que provienen de igual número de sistemas de cría que se practican en el país; la cría regular, la mixta y la salvaje.

Entre las numerosas razas sometidas al civilizado sistema de la cría regular, se debe citar en primer término la de Orlov, creada á últimos del siglo pasado por medio del célebre semental árabe *Smélauka*; raza que bifurca en dos ramas de tipo análogo, aunque con aptitudes diferentes: la una inmejorable para silla, y la otra muy apreciada para el tiro ligero. Esta raza privilegiada, tiene su principal asiento en el haras de Krénovoï, establecido en las ricas praderas bañadas por el Volga, en el gobierno de Moscou.

Esta raza, que conserva algo el tipo de su origen asiático, difiere esencialmente de la raza selecta de Traken, igualmente esparcida en el corazón de la Rusia europea, y formada por los sementales de pura sangre inglesa que sucesivamente se han ido importando, á costa de grandes sacrificios, para figurar dignamente en los hipódromos rusos, y en los lujosos trenes de la nobleza moscovita.

La raza Bitiong, así llamada porque se cría á orillas del Bitiong; afluente izquierdo del Don, si bien no posee la belleza del caballo Trakeu es una de las más apreciadas por el buen pueblo ruso, no por sus cualidades, que solo pueden ser apreciadas en el tiro pesado, sinó por provenir de los sementales holandeses que importó Pedro el Grande.

Por último, la raza Clepper, que comparte con la de Orlov la fama para el tiro ligero, se encuentra principalmente esparcida por las provincias de Estonia, Finlandia y Curlandia, bañadas por el Báltico y los golfos de Libonia y Finlandia.

Entre las numerosas razas criadas por el sistema mixto, sobresale por la belleza de las formas y gran resistencia á la intemperie y á las fatigas, el caballo del Don, de sangre tártara en toda su pureza, aunque en nuestros días se ha modificado en ciertas regiones por los cruzamientos con sementales procedentes del N. del imperio.

La raza llamada Platov, que se extiende por la riberas del Manitch, afluente izquierdo del Don, produce los estimados caballos de guerra, producto del cruzamiento de las yegüas del Cáucaso con sementales árabes, que constituyen por sí solos, casi con exclusión de las otras razas vecinas, la famosa caballería irregular de cosacos del Don, fuerte de 312 sotnias. (1)

Las orillas del mar de Azov, las riberas del Egorlik, del Eia y del Beisu, y las interminables estepas que se estienden por Stavropol y Madjari, mantienen la raza de caballos de tiro llamada de Zaporogue ó de Tchernamor.

(1) La sotnia viene á tener el mismo efectivo que el escuadrón.

Mas al S., sobre las últimas estribaciones septentrionales de los montes Cáucasos, desde la desembocadura del Rioni, que escupe sus aguas en el mar Negro, hasta la oriental Bakóu, asentada á orillas del mar Cáspio, se produce la bella raza de kabardah producida por el cruzamiento continuo de la nómada yegua tcherkesse con el semental árabe de pura sangre, importado por el tratante turco en sus prolongadas correrías á través de las desiertas regiones de la Turquía asiática.

En las opuestas estribaciones de la gran cordillera que se estiende desde las costas del mar Negro hasta las del mar de Azov se propaga, en cantidad considerable, la raza Karabagh, obtenida por el cruzamiento exclusivo del semental árabe con la yegua turcomana, importada por Mazanderan y el desierto Salado, hasta las comarcas más hospitalarias de Tiflis y Georgia.

Además de las razas apuntadas enriquecen al imperio otras, que no por criarse en completo estado salvaje, ceden á aquellas en condiciones y aptitudes para todo género de trabajo. Tanto el caballo circasiano, nacido y criado en absoluta libertad, como el kirghiz, de origen tártaro, que pasta á orillas del Aral; lo mismo el de raza bachkir, originario también del semental tártaro, que el kalmuko de origen mongol, criado entre el Volga y el Ural, permite al imperio disponer de razas sufridas y extraordinariamente sobrias, que acompañen y protejan á la hermosa caballería regular en sus continuas guerras de política ó de razas.

F. A.



LA TURBA.

Á propósito de ciertos estudios hechos por un austriaco que trató de importar á nuestro país la turba para que sirviera de cama, tanto á los caballos de lujo, cuanto á los del Estado, creemos conveniente dar á conocer sus condiciones y su resultado en las pruebas verificadas en el ejército holandés.

El 1.^{er} regimiento de húsares de guarnición en Amersfoort, había recibido la orden de experimentar el uso de la turba como lecho para los caballos. Esta experiencia, que ha durado ocho meses, se verificó en 200 caballos, siendo su resultado inmejorable; más á pesar de sus ventajas no fué adoptado en el año de 1883, hasta que por una orden reciente quedó admitida para todos los regimientos de caballería y de artillería del ejército neerlandés.

El suelo de la Holanda produce la turba en cantidad considerable. Esta materia reducida á filamentos y polvo, absorbe el orín y neutraliza los desprendimientos de gases amoniacales; la atmósfera de las cuadras es, pues, más sana y más fresca en la época de los grandes calores.

Este género de cama es excelente para el ganado caballar

sobre todo para los cascós; siendo también favorable al reposo del animal, le conserva sus aplomos, es caliente en invierno y al mismo tiempo muy económica; pero cuando es nueva exhala un olor muy fuerte y un poco ágrío; así es que durante el primero y aún segundo día, los caballos no se acuestan sin una cierta repugnancia.

En Alemania se han verificado pruebas análogas que continúan en la actualidad. La cama permanente ó cama-colchón (*Matratzenstreu*), es sumamente apreciada, componiéndose de tres lechos sobrepuestos. El inferior, que se conserva el mayor tiempo posible, está formado de estiércol humedecido y fuertemente prensado, sobre el cual se extiende de cuando en cuando yeso cocido para que esta sustancia absorba el amoniaco de los orines, y suprima por consiguiente las emanaciones del gas. El segundo lecho, que se muda cada 15 días, se compone de paja seca que haya servido anteriormente. En cuanto al lecho superior que se renueva diariamente, y que sirve cuando ya se ha usado para formar el segundo lecho, está compuesto de paja de buena calidad y fresca, ventaja inapreciable que tanto echan de menos nuestros institutos montados, tan escasos de paja para las camas de sus caballos.—F. A.



CARRERAS MILITARES.

Causas de retraining.—Rally-Papers. Programa.

Dijimos en el número anterior que para que la afición á correr cunda, es necesario que sean obviadas las causas de retraining, mayor el número de premios y bien meditados los programas.

La más importante de las causas de retraining es la falta de organización: para que desaparezca es necesario reglamentar en qué casos tienen los oficiales derecho á tomar parte en las carreras, cuántos podrán hacerlo por regimiento, dietas ó pluses que hayan de percibir los días que estén separados de su cuerpo, cantidad á que puedan ascender los gastos de preparación, transporte, etc., etc. Podemos citar un resultado extraordinario producido por este sistema: á los certámenes de tiro al blanco concurren todos los oficiales que á ello tenían derecho, verificándose previamente competencia en los regimientos entre todos los aspirantes, y después en la Capitanía general correspondiente por los dos que estuvieron más diestros en la primera prueba; por el resultado del certamen de distrito, (al que se concurría con derecho á plus) fué elegido el que había de representar al cuerpo en el concurso central. Además del primer premio había cuarenta segundos; eran éstos espadas, que sin reparar en su poco valor intrínseco, llevan con cariño los agraciados. Puede

asegurarse que si los concursos de tiro siguiesen, la oficialidad del ejército tiraría mucho y tiraría bien; pues (si no estamos mal informados) dejaron de verificarse porque se creyó excesiva la afición al tiro.

¡Qué bien para la patria y qué honra para los institutos montados sería el que la afición al caballo tomase tan rápido incremento! Y no decimos la afición á correr ó montar, lo cual sería menos beneficioso, porque para *hacer correr* un caballo no basta tener afición á ir sobre él, es necesario cuidarle con asiduidad y observación, única manera de prevenir algunas veces los contratiempos que puedan surgir, corregirlos algunas y aún errar muchas, pero se perfecciona el conocimiento siempre, y como el conocimiento del caballo es la primera necesidad de los institutos montados, resultaría un gran bien.

Nada más opuesto al criterio que sostenemos, que la disposición en virtud de la cual el premio ha de ser precisamente para el oficial montado en propiedad, aunque su caballo sea corrido por otro. ¿Se trata con esto de establecer paridad de circunstancias con los derechos del propietario en las carreras civiles? Pues ni esto es posible, ni aún cuando lo fuese resultaría beneficio alguno. Ya dijimos la diferencia que existe entre las carreras civiles y las militares: siendo el objeto de las primeras la elección de reproductores, los premios, como honra y como remuneración, deben ser para los dueños que presenten mejores caballos: con el importe de aquellos pueden reponerse, en parte, de las grandes cantidades sacrificadas en aras de la afición á la moda.

Siendo el fin de las carreras militares premiar el valor y la destreza, el premio debe ser para el que exponiéndose al público corre riesgo de que por cualquier accidente se forme de él mal concepto, y puede además ocurrirle una desgracia; en este caso los desembolsos los hace el Estado y el tener dado recibo por un caballo que sea vencedor, no debe ser causa de recompensa.

J. V.

(Se continuará.)





CRONICA EXTRANJERA

FRANCIA.

Temores del general Février.

El aumento de 41.000 hombres efectuado en el imperio alemán, de los cuales dos terceras partes, por lo menos, nutrirán las fuerzas existentes en la Alsacia-Lorena, ha causado sensación profunda en todos los círculos militares. La razón es fundada, no solo por haberse aglomerado sobre la frontera francesa 80.000 alemanes en completo pie de guerra, y á los que les sería fácil franquearla en veinticuatro horas, sino por la revelación hecha por el General Février, de ser insuficientes sus 23 ó 30.000 soldados para contener la invasión.

El mejor paliativo que se ha encontrado ante una amenaza que pudiera comprometer la movilización y concentración de las tropas francesas, es el de enviar, en caso de necesidad, unos 60 batallones pedidos á toda la Francia, que vigorice el cuerpo de ejército amenazado; sistema que, siendo muy bueno para sostener guerras como la del Tonkin ó de Argelia, podría ser funesto en el caso de un conflicto con una potencia tan colosal como Alemania.

ALEMANIA.

Un viaje aéreo, efectuado por los Tenientes von Hagen y Gros.

—*La obra de Koettschau.*

La *Allgemeine Militar Zeitung* publica una interesante relación del viaje aéreo, verificado por los tenientes de la sección de aerostación, M.M. von Hagen y Gros.

Estos oficiales se elevaron á las 11 y 42 m. de la mañana, desde la plaza de Tempelhof, alcanzando en ocho minutos la altura de 550 metros, para tomar carrera, con una velocidad de 9 metros por segundo, en constante dirección al E, hácia Kaulsdorf. A la una habían llegado á la altura de 1.340 metros, á las dos á 1.735; después, durante 52 minutos, el globo empezó á descender para detenerse á 1.060 metros. A esta última altura algunos disparos de fusil se hicieron sobre el globo, escuchando los aeronautas perfectamente claras las detonaciones, los cuales ni por un momento pudieron creer que el fuego fuera dirigido contra ellos.

El globo volvió á comenzar su marcha ascensional, llegando á las 3 y 50 m. á la mayor altura alcanzada durante aquel breve viaje de 6 horas, á 2.580 metros. Después empezó á descender para subir de nuevo, desde 900 metros, á 1.460. Sin embargo, la noche llegaba y los atrevidos aeronautas trataron de evitar el caer sobre territorio ruso; así es que, habiendo divisado con el auxilio de focos eléctricos, una

aglomeración de casas que les pareció considerable, se creyeron en el deber de operar su descenso, el cual se efectuó sin accidente alguno en Ostrometsko, á dos leguas de Bromberg.

El total del camino recorrido, apreciado á vuelo de pájaro, fué de 335 kilómetros, con una velocidad media de 16 metros por segundo; velocidad considerable que no evitó el que los viajeros pudieran dedicarse á curiosas experiencias con aparatos fotográficos y con palomas mensajeras. Una de estas puesta en libertad, perdió el globo al atravesar una nube, volviendo á alcanzarlo 29 kilómetros más lejos. Otra paloma que después se soltó, siguió fielmente al globo hasta el momento de percibir la tierra, perdiéndose entonces de vista.

Estas experiencias y otras que continuamente se verifican en el territorio alemán, prueban que sus oficiales de ingenieros prosiguen con tenacidad sus costosos trabajos de aerostación militar.

ANTES DE LA BATALLA; ¿ESTÁ LA FRANCIA PREPARADA?; LA FRANCIA ESTÁ PREPARADA; AUN NO, son obras que han visto la luz de la publicación en ambos países rivales, causando una sensación profunda, un continuo desasosiego en las clases comerciales y en las bolsas. Apenas borrada la pesadilla producida por una publicación que amenace con un conflicto inmediato, una nueva producción es un grito de guerra que tiene un eco doloroso en las clases productoras, en la masa tranquila y patriótica del pueblo. Esto ha sucedido precisamente con la *Der nächste deutsch-französische krieg*, escrita por el Teniente Coronel C. Koettschau.

El autor de *La próxima guerra franco-alemana*, dedica su obra al pueblo alemán, para que conozca el verdadero espíritu francés, demostrando que en esta nación se proyecta una guerra de venganza contra Alemania, proyecto que, á juicio del escritor militar, está hoy día próximo á ser ejecutado. Entrando después en otro género de consideraciones fisiológicas y psicológicas sobre el soldado y el oficial francés, hace justicia al valor de los unos y al mérito de los otros, si bien lanza esta ruda amenaza: «En la guerra de 1870-71, hemos hecho justicia al mérito de los oficiales franceses, pero no debemos pasar sin protesta al hecho de que algunos de ellos no han cumplido la palabra dada al enemigo. Entre estos podíamos señalar á varias personalidades que ocupan una alta posición, razón por la que hay que convenir que en Francia no dán á estas cosas toda la importancia que entre nosotros tienen. Es una conducta que tomaremos en cuenta en la próxima guerra.»

Describiendo la complacida máquina de la organización francesa, ora burlándose de ciertas esperanzas que dominan en el estado mayor francés, ora tomando el tono irónico ante la petulante vanidad que se desprende de las obras antes indicadas, ora haciendo justicia al poder del ejército del desquite, hace el autor un minucioso estudio de sus vicios y virtudes para terminar con esta filípica, al parecer dirigida á la prensa y á la Liga de Patriotas: «La ironía que se observa en todo este relato, no vá dirigida á los oficiales franceses valerosos é instruidos, que en cumplimiento de su deber, harán todo lo humanamente posible por rechazar una invasión alemana, sinó á los vocingleros que gritan sin cesar «la revancha, la revancha!» y que después de haber excitado á los dos pueblos á arrojar el uno sobre el otro, continuarán gritando lo mismo, aunque lejos del campo de batalla.»

INGLATERRA.

La tribu de los Ghilzais.

Es sabido que los ghilzais es la tribu montañesa más considerable del Afghanistan, dueña de la región comprendida entre el río Tarnak, los montes Souleiman por la vertiente occidental y el río Caboul.

Esta tribu, hoy en abierta pugna contra el emir del Afghanistan, de cuyas tropas han conseguido numerosas victorias, se compone de agricultores, pastores, comerciantes y bandidos. Sus hordas forman esas grandes partidas extrañas, conocidas con el nombre de *Kutchanis* (nómadas) que todos los otoños franquean los pasos de las montañas en numerosas carabanas, y llevan hasta Dalhi y Cawnpore los productos de Bokhara y Candahar. Unos vienen solos, otros con sus familias, que establecen en campamentos (*Kiris*), en donde esperan la vuelta de los hombres, protegidas por perro-lobos feroces.

Este pueblo tan numeroso como guerrero y cruel, está considerado por los ingleses como las avanzadas de los cosacos sobre el camino de Herat; mas al mismo tiempo representa en las agrestes montañas el símbolo de una nacionalidad no mancillada.

Si el pretendiente Ayoub-Khan toma resueltamente la ofensiva, con el apoyo de la Persia, ó lo que es lo mismo de la Rusia, en este caso el emir, abandonado á sí mismo, pesará muy poco en la balanza, porque ha sembrado á su alrededor tantos odios que tal vez, en el momento de la recolección, pudiera peligrar su cabeza. Contra él están no solo los ghilzais, sino todos los patriotas, todos los ghazis de la guerra santa, á los cuales engañó en sus esperanzas, escandalizando sus conciencias, tanto por el destierro de los más ilustres patriotas, cuanto por sus compromisos con los ingleses. Existe contra él el sentimiento de fiera independencia de las tribus que ha querido someter á su soberanía, sujetándola á una pesada burocracia. Hay, por último, contra él, el crimen de reinar consecutivamente durante seis años, lo que es mucho para un emir afgano.

La situación de Inglaterra, frente á frente de esta terrible insurrección es muy peligrosa. La caída de Abdoul-Rahman sería para el poder de la Gran Bretaña un desastre incalculable, porque dejaría el campo libre bien á una hechura de Rusia, bien á la anarquía, que también sería rusa. En esta última hipótesis ¿quién estaría sobre las crestas de aquellas cordilleras para detener en su camino las sotnias de cosacos lanzados sobre Herat? Es, pues, muy interesante para Inglaterra que el Afghanistan, ya que no puede ocuparlo, porque toda ocupación hecha en este territorio sería un suicidio, esté en manos de un jefe enérgico, muy poco dispuesto á dejarse absorber por Rusia; Abdoul-Rahman llenaba esta preciosa condición. Mas aquí el interés del pueblo y del emir no es el mismo; la Rusia puede ofrecer el trono á un candidato, pero una vez instalado en él no puede ofrecer más que un protectorado restringido. En cambio puede deslumbrar al pueblo afgano con los sueños de toda la vida, ofreciendo como una perspectiva maravillosa y muy próxima al saqueo tradicional del Indostan. Esta es la verdadera fuerza de la Rusia.

En cambio Inglaterra, si se coloca sobre este terreno, no puede ofrecer á las tribus montañesas del Afghanistan más que el pillage infructuoso y sangriento del Turkestan. Es indudable que bajo el punto de vista feroz de un saqueo monstruoso sale derrotada la Gran Bretaña.

RUSIA.

Criméa.—El Sinope.—Maniobra de Otoño.

Los trabajos hechos en Criméa por los ingenieros de más talla del ejército ruso, prueban de un modo irrefutable que el antiguo escenario de una coalición de la Europa contra el imperio moscovita, y del tesón de un pueblo casi oriental, puede volver á representar el papel sangriento que inmortalizó á la pequeña península, encerrada entre dos mares interiores.

Caminos de hierro bien trazados, fortificaciones poderosas, un artillado soberbio dominando los mares que baten las abruptas costas de la Criméa, un entusiasmo creciente por borrar el desastre que el imperio sufrió en aquel pedazo sagrado del suelo ruso y un odio inextinguible, casi feroz contra la Gran Bretaña, es el espíritu nacional que bulle y se delata en todas sus manifestaciones.

Ahora bien; como la política de engrandecimiento del pueblo moscovita le impulsa sobre territorios, cuya posesión espanta á Inglaterra, dando lugar á esos eternos litigios que amenazan convertirse en rompimientos, de aquí que el imperio de los czares haya hecho inexpugnables ciertas posiciones, célebres en la guerra de 1854. Las playas de Eupatoria, donde los aliados desembarcaron para sitiar á Sebastopol, después de franquear el valle de Alma y las rocas de Inkerman; Sinferopol, capital del gobierno de la Taurida y la famosa bahía de Balaklava tan tenazmente defendida por los rusos, constituyen hoy día una serie de fortificaciones poderosas, sobre las cuales tal vez se estrellará el poder colosal de la Gran Bretaña.

Orgullosa de su pasado la península de Criméa reivindica su antiguo poder marítimo formando paulatinamente una escuadra que pudiera llegar á ser formidable, protegida como está por las fortificaciones que se elevan por todas las alturas de sus calcáreas costas.

Recientemente ha sido botado al agua desde los arsenales de Sebastopol el soberbio acorazado *Sinope*, nombre que evoca en los rusos un hecho notable de su campaña en 1854. Este acorazado largo de 340 pies, por 69 de ancho, está revestido de una coraza de acero de 18 pulgadas de espesor, consistiendo su artillería en 6 piezas del calibre de 12 pulgadas, 7 de 6, 7 lanza-torpedos y 14 ametralladoras ó cañones-revólvers. El *Sinope*, aumentando el poder marítimo en los mares de Criméa, es un nuevo reto de la Rusia y una amenaza formidable para la capital del imperio turco.

Por primera vez se movilizan las reservas rusas como una contestación á los excesivos armamentos del Austria, si bien se encubren en un razonado y tranquilizador decreto imperial.

El tiempo de duración de las grandes maniobras de Otoño se ha fijado en tres semanas, comenzando el 15 del próximo Setiembre para los Cuerpos de ejército del Norte, á saber: Petersburgo, Moscou, Vilna y Karkoff, y el 20 de Octubre para los del Sur, ó sean de Varsovia, Kieff, Odessa y Tiflis.

El decreto imperial ha causado, en general, excelente efecto, como una aplicación de la nueva ley militar y como una saludable advertencia del poder, que podría desarrollar el imperio en el caso de una guerra Europea.

